



Dedicado a:

... el sentir
la fe y la vida,
el cariño singular
a la imagen más querida,
al rincón más manantero
del cuartel de mi vida,
a la figura que quiero,
al bastón o al costalero,
al alpatana, al muñidor,
a las calles de mi pueblo
al Genil de mis desvelos,
a la Ermita de Jesús
y al Patrón, El Nazareno.

Reverendo padre Don José Joaquín Cobos Rodríguez, Arcipreste de la Villa, señor Presidente de la Agrupación de Cofradías, Hermandades y Corporaciones Bíblicas, Don Manuel Bueno García, señor Alcalde Presidente del Ilustre Ayuntamiento, Don Manuel Baena Cobos, (Dignísimas autoridades), Cofrades Mayores, Hermanos Mayores, Presidentes de Corporaciones, hermanas y hermanos todos. Buenos días.

Quemos agradecer a la Corporación Bíblica “Los Evangelistas” esta emotiva presentación, fruto más de la hermandad que nos une, que por merecimientos propios, así como expresar nuestra gratitud y reconocimiento por vuestras generosas palabras, con la esperanza de poder satisfaceros, en la medida de nuestras posibilidades, y no dudéis que hemos volcado nuestros sentimientos en la elaboración de este sueño que os ofrecemos, así como a todo el pueblo de Puente Genil. Gracias hermanos.

Quemos también agradecer a la Agrupación de Cofradías, Hermandades y Corporaciones Bíblicas, en la persona de su Presidente, la confianza depositada en la Corporación Bíblica “La Historia de Tobías” por otorgarnos el honor de poder abrir las puertas de la Semana Mayor de nuestro pueblo, mediante la realización del Pregón de este año de Gracia de 2001; así como felicitar, con el abrazo más sincero, a los tres Mananteros Ejemplares de este año; hermanos, Manuel Roldán, Antonio Pérez y Salvador González y como no, al hermano Pedro Rivas Bachot por su magnífico Pregón del año pasado.

Antes de comenzar este Pregón quisiéramos encomendarnos a Nuestro Padre Jesús y a la Santísima Virgen para que nos ilumine y nos conceda el don de llegar a transmitir las sensaciones que nosotros hemos podido disfrutar durante la elaboración de este humilde escrito, esperamos que os llegue, que os cale como a nosotros nos ha enriquecido.

Hoy Domingo de Ramos es un día tan señalado para Puente Genil y su Semana Santa, como especial para nosotros los hermanos de “La Historia de Tobías”, que asumimos la responsabilidad de abrir una semana llena de historia y cargada de tradiciones, una semana que ha dado carácter propio a nuestro pueblo y que lo ha hecho famoso incluso más allá de

nuestras fronteras, por el sabio hacer de muchos hombres y mujeres que a lo largo de los siglos y de manera anónima, han ido dejando su impronta en las diferentes Cofradías, Hermandades y Corporaciones Bíblicas.

En el Pez, la ilusión y el trabajo, han sido nuestro principal activo a la hora de elaborar este Pregón, que hoy, con entusiasmo os presentamos.

Los hermanos de “La Historia de Tobías” pertenecemos a una generación que hicimos de la Semana Santa un compromiso con la cultura, la tradición, nuestras creencias y la historia de nuestro pueblo, compromiso que adquirimos también cuando fuera del hogar familiar, teníamos que valernos de nosotros mismos, para ello nada mejor que un grupo de amigos, unos, compañeros de colegio; otros, amistades con quienes habíamos compartido nuestra niñez en un ambiente de juegos y diversión; pero quedaba atrás la infancia y nuevas inquietudes nos acechaban.

Esta confraternidad, en el umbral de la amistad, dio paso a la hermandad y a través de ella y casi sin querer, seguíamos las costumbres de otras corporaciones, costumbres que a la postre se transformaron en nuestras tradiciones, tradiciones que hemos ido manteniendo y acrecentando entre nosotros.

Con todas estas vivencias, fueron pasando nuestros adolescentes años en los que pasamos de una cochera a una vieja casa y de ésta a un cuartel donde vivíamos nuestras ilusiones, donde nos sentíamos parte de nuestro pueblo, donde tomábamos responsablemente las primeras decisiones. Hoy somos una generación consciente de la responsabilidad que tenemos, sabemos que somos espejos donde se miran, igualmente que mirábamos antes, generaciones de gente más joven a quienes debemos dejar una Semana Santa basada en los mismos criterios que nosotros la recibimos, donde la hermandad sea un principio que dé orientación a nuestra vida y la fe en Jesucristo sea ese camino que nos acerque cada vez más a Él. Y así, cuando pasen muchos años, podremos seguir sintiéndonos orgullosos de ser un grupo, que a través de la Semana Santa, firmamos un compromiso con la tradición, la cultura, la fe y la historia de nuestro pueblo, y cuando los años se hayan hecho dueños de nosotros mismos, podamos mirar atrás y decir con nostalgia, pero con alegría:

Cuatro paredes blancas
una mesa y pocas sillas,
una olla con el caldo
y en el techo unas bombillas.

Platos blancos, verdes o marrones
de colores apagados
o con flores, muy chillones.
Vasos altos, alargados
otros chicos y aplanados,
y veinte o treinta cubiertos
con el mango deformado;
son las piezas que componen
la vajilla que dispone
el cuartel que hemos formado.
De chiquillos, ¡isi! chiquillos

llenos de gran ilusión,
unidos por la amistad
que la infancia nos dio,
formando un ramillete
de corazones abiertos,
ávidos de aprender
casi todo al momento, ahora, ayer.

¡Si!, ramillete de jóvenes sedientos,
sedientos de tradiciones,
sedientos de trabajar
poniendo en marcha las ilusiones
que nos hacen tan singular
de otras corporaciones.

Cuatro paredes blancas
una mesa y pocas sillas
marcos viejos con carcoma
llenos de fotos amarillas.

Fotos con largas patillas
caras añidadas, antiguas
tiempos que se recuerdan
con verdadera codicia,
por volver aquella edad
y a la inocencia perdida.

¡Una uvita hermanos!,
que hoy ha venido un señor
a compartir nuestra mesa
y creo que era Romano,
hermanitos, esto ya progresa.

Otra uvita, «al coletto»
que hoy de picorucho salirnos,
brindemos por el titular
y empecemos el camino.

El presidente al momento
nos dice con cara muy seria:
Alumbremos con cariño
con silencio y compostura,
y aunque casi niños seamos
hombres hechos parezcamos
sin perder nuestra ternura.

Ya no hay comparación,
ni unos más, ni otros menos
somos ya Corporación

y por fin figuras tenemos.

Cuatro paredes blancas
una mesa y pocas sillas
túnicas de raso y oro
y un montón de zapatillas.

¡Como me aprieta el rostrillo!
¡como me pesa el ropaje!
¿y lo incómodo del martirio?,
pero este placer tan sublime
por estas «penalidades»
no lo cambio, buen amigo
por otras comodidades.

Yo, me visto de figura
por las calles de mi pueblo
poniendo en ello mi alma,
poniendo en ello mi cuerpo
recto, erguido, orgulloso,
limpio, inmóvil, y gozoso,
pues representa el motivo
de la corporación el más hermoso.

Y mi alma, embutida en esas ropas
templo de la oración manantera,
vibra y arde de locura
cuando ve a Jesús entre la cera.
Miles de colores se agolpan en mi retina
nublada por el humo de una bengala,
que se enciende con el ánimo
de alumbrar al que ilumina.

Mi mano, cansada por el martirio
reverencia solemnemente al Terrible,
aliviándome el desánimo del momento
confundiendo mi dicha por tormento
al reducir al más breve instante
tan esperado y anhelado encuentro.

Hoy soy un hombre, y recuerdo los deseos
que tenía de chiquillo:
sentir lo que hoy he sentido
detrás de mi rostrillo,
aprender a ser justo y sincero
sentirme pontano y manantero
para poder llegar a entender
las grandezas de mi pueblo,
la hermandad de mi cuartel,

y el sentimiento tan profundo
que respiramos en él.

Cuatro paredes blancas
una mesa y pocas sillas
al fondo mi Nazareno
y lágrimas en mis mejillas.

Lágrimas que corren por nuestros pómulos al ver Puente Genil en lontananza, pueblo de gente abierta, y no cabe duda de que es así, y la señal más evidente de esta afirmación es que todo el que es de fuera se queda o en el peor de los casos vuelve a compartir con nosotros otros momentos que calarán en él.

Se podrá apreciar a muchos foráneos e hijos de este pueblo que retornan, juntos a los agradecidos membrillares que tan excelentes embajadores han sido de nuestro pueblo, les envuelven, les arropan, acunan su memoria acercándose a las fragancias que desde pequeños reconocieron como propias.

Pero de vez en cuando, los aromas cambian, se revelan y se amotinan frente a nuestra nariz cargados de variopintos olores, son aromas y fragancias que despiertan en todos nosotros las sensaciones más profundas de nuestro corazón, y sobretodo más queridas por nuestra alma, que es la que se siente reconfortada cuando se impregna con estas sensaciones.

Os hablo, como no, del olor a lirios y claveles, del olor de la cera fundida y desbordada de su vela que como una ola imperiosa salta al asfalto, os hablo del cargante olor del azufre consumido por la bengala, del agradable tufillo a alcanfor que tienen las túnicas después de su letargo en los armarios. Os hablo, del blanco de nuestras casas, que se visten de satén y encaje para la Pascua, os hablo del viento pontano que nace en las riberas del Genil, os hablo del aroma a vino y aceite, a dulces y membrillos, os hablo del olor a Puente Genil.

Olores que se enredan entre las nubes de algodón de la primavera, que se engarzan junto a nuestras veletas, como el ancla que impide que pase el tiempo rápido y fugaz, al estar de nuevo en Semana Santa, en nuestra Semana Mayor, en los días en que ser pontano es ser algo más que habitante de un pueblo; es ser feliz y además demostrarlo, es sentirte lleno de los demás, es tener la mente clara y despejada para manifestar nuestras tradiciones, es ser hermanos de mis paisanos y sentirlo tan profundamente y de manera tan sincera que nunca nos llevemos a engaño, es enaltecer el espíritu de Puente Genil, es hacer grande lo que a nuestros mayores tanto trabajo les costó llevar a cabo y que nos transmitieron para que lo mantengamos como bandera de nuestra idiosincrasia.

Ser pontano, hermanos, es convertirnos en la veleta que mira plácidamente desde el campanario al horizonte, es sentir el cielo abierto, la plenitud de la fuerza de nuestro pueblo que emana de todos y cada uno de nosotros al quererlo, es coincidir en una misma mirada y única dirección, nuestra plaza del Calvario, la ermita de Nuestro Padre Jesús, corazón del sentimiento pontanés.

A lo lejos el campo, que ciñe nuestro pueblo, sus primorosas casas, sus estrechas calles, sus empinadas cuestras, que deja revolotear el aire tibio, característico de nuestra Semana Santa.

Poco a poco el Calvario se va poblando, alborea el Viernes Santo, el gentío va ocupando la plaza en el silencio de la noche, el sonido de la campanita abre paso a una masa soldadesca cuyos plumeros ondean al viento entre la multitud presente en ese momento.

La luna quiere alumbrar con su opalina luz, quiere dar ese toque íntimo para el momento que se aproxima, donde el pontano se siente diferente. Por el contrario el sol quiere hacer acto de presencia con verdadera fuerza, proyectando un rayo de luz, ráfaga que se posa sobre las potencias de Nuestro Padre Jesús Nazareno alumbrando Su sereno rostro.

Son momentos llenos de sentimiento, quienes estamos congregados nos aislamos de la muchedumbre, nos encontramos con nosotros mismos y de nuestro interior surge el diálogo con el Patrón, todos hemos esperado este instante de unión con Jesús Nazareno, muchas lágrimas corren por los rostros emocionados, son numerosos los días contados para este acto ritual sagrado, es vivir en un soplo muchos sacramentos, los que Jesús instituyó para santificación de los hombres.

Su mirada derramará sobre nosotros el agua que limpia toda impureza y nos sentiremos hombres nuevos, hombres de alma limpia y transparente, dados intensamente al hermano y al necesitado, como somos los pontanos mananeros.

Su rostro, nos confirma el profundo amor que le profesamos, con la certeza de que junto a Él nunca nos faltará Su protección, es la razón de que mediante Su sacrificio nos ha liberado del pecado y nos da paz con Su presencia.

Las hermosas manos, que un día tallara el artista, abrazadas fuertemente a la trágica cruz, nos recuerdan la penitencia que nuestro Salvador llevó a cabo para redimir al Hombre. Hombre que le traicionó, pero que a la postre comparte con Él este castigo, intentando mitigarlo con el inmenso amor que le profesa el cofrade.

Segundo a segundo vamos recorriendo Su encorvado cuerpo, y al contemplarlo, conduce nuestra memoria a Su Pasión, momento que nos lleva a la Eucaristía, donde se transforma el pan y el vino en Su Cuerpo y Sangre, matrimonio indisoluble del Ser Supremo, matrimonio indisoluble de tantos hijos con su Patrón, pues Puente Genil no se concibe sin Jesús Nazareno, ni Éste sin sus protegidos vástagos.

Ensimismados por su presencia, cada corazón de la plaza invita a su alma al rezo:

Arrodillado frente a Tu imagen humilde
noto como mi cuerpo se calma,
siento el frío que provoca lo sublime
al acariciar tu mirada mi alma.

Ven mis ojos en los tuyos
la paz que mi mente reclama,
y oigo el leve murmullo
de tu voz que con amor me llama.

Fijo mi mirada en tus potencias
erguidas como áureas llamas,
brotan del tronco de tu esencia
como verdes y tiernas ramas,
mostrando al mundo tu clemencia
que de tu mano cansada emana.

Y yo, hundiendo mi tez entre mis manos
acudo sin reparo a tu ayuda,
pidiendo para mi y mis hermanos
salud con horizonte lejano
y después, unir nuestra vida a la tuya.

El murmullo de la multitud nos hace volver a la realidad, la calle de la Amargura es, ahora más que nunca, un inmenso río humano cuya desembocadura es la poblada plaza del Calvario. ¡¡Cuántas veces hemos imaginado este entrañable momento!! sentir la verdadera simbología y el inmenso sentimiento que te sobrecoge, te predispones de tal manera que sientes tantas sensaciones que no puedes descifrarlas, que no sabes definir las. Aprecia que el pecho se contrae, la piel se eriza, el palpito se desboca y notas unos inmensos escalofríos, apagados éstos con la calidez de Su mirada. La alegría y la tristeza luchan de tal forma que nuestro interior vive un momento de turbación. Las emociones afloran y estallan y las lágrimas visitan nuestras mejillas.

El alborear de este gran día, da la señal inequívoca para que, las notas se conviertan en oración, los presentes se callan, algunas gargantas sisean. Un año más se oye el Himno trepidante que compusiera el Maestro Medina, y mediante el cual el pueblo entero se recoge en plegaria. Las armonías de sus notas hacen desgranar el más hermoso, sincero y sencillo rezo que Puente Genil consagra a su Bendita imagen.

Como brotando de la madrugada, rompen las centenarias notas de la Diana; notas que se elevan al cielo, pulmones de un pueblo que habla; no hay palabras, sólo la música invade el corazón y el más sereno pulso ahora se exalta; ¡¡calla pueblo, calla un poco más!! aguanta el premio, no dejes que tu generosidad ahogue los sonos más bonitos, las notas más sublimes de nuestra querida Diana.

En este impresionante momento se realiza la oración más elocuente y profunda. El espíritu de los pontanos se convulsiona y un nudo en la garganta, unas lágrimas, un rezo, una petición o una súplica puede adivinarse en sus rostros.

Duerme la negra noche
en brazos de la madrugada
bosteza la luna al viento
saludando a la alborada.

Perezoso el sol, se despereza,
ante la negra y férrea veleta,
que intenta quedarse quieta
para oír así mejor
las notas que con primor
deja salir la trompeta.

Son los compases de la Diana,
son los ecos de la mañana
que retumban en mi corazón,
y resuenan como voz temprana
ordenando a la figura humana
a comenzar de nuevo su pasión.

Son acordes tan gloriosos
que resuenan muy hermosos,
pues se entonan con el alma
para loas del mismo Dios.

Y es ante la imagen Pontana
de Jesús el Nazareno,
cuando las escuadras romanas
tocando muy quedo Diana
imprimen emoción al pueblo.

Quedando sus plumeros blancos
turbados por tan pura esencia,
quedando sus espadas y cascos
empañados con el calor de su presencia.

Y en el empedrado, todo un pueblo espera
que comience su caminar Jesús
y descienda de su cuesta
su pesada y amarga cruz.

Como si se tratara de un mágico instante, ya clarea la mañana, la noche se ha convertido en día y se pueden contemplar los pasos dispuestos para su estación de penitencia. Jesús Nazareno camina poco a poco rodeado de una multitud de penitentes y devotos que alumbran, descalzos unos y con pesadas cruces otros. Su luz penetra en todas las casas, se cuele por todas las rendijas calando en el corazón de los pontanos, Jesús va regalando miradas e iluminando las almas para recoger sus faltas y sus errores y seguir siendo el “Amo de todas las cargas”.

La campanita, ese maravilloso sonido, a la vez plegaria, llanto, tristeza y alegría, es el tañir que desde siempre conocimos como figura primera que colgando del brazo del muñidor nos dice que prestemos atención, que volquemos nuestros sentidos en lo que proclama, nos anuncia y pregona que un año más comenzamos a vivir el Viernes Santo.

Un inmenso río de cera serpentea en silencio; música reflexiva y conmovedora, la Música de Capilla, con sus notas emotivas y sensibles envuelven a Jesús, evocando el momento proclive a la oración.

La música, ese arte pontano que se expresa como un lenguaje de bellos sonidos en el tiempo. La música, alimento del espíritu capaz de despertar sensaciones y emociones en los más hondos niveles del ser humano. La música, que actúa sobre el alma como el empuje moral y poético, que pone en marcha nuevos y elevados sentimientos.

Ya está el Nazareno en el Paseo del Romeral, la claridad es más evidente, el sol proyecta sus rayos con nitidez, ha despuntado el alba, en algún momento este destello casi nos ciega y el color morado de las túnicas se convierte por milagro en un pálido color, quizás blanco, y los cirios, en néveas palmas; momento que nos evoca el transcurrir jubiloso, por este mismo lugar, de **NUESTRO PADRE JESUS EN SU ENTRADA TRIUNFAL EN JERUSALEN**, calles que siempre se han llenado de grandes y pequeños para recibir como se merece al Redentor y a su Santísima Madre, y allí se acercarán hombres y mujeres para gritar el HOSANNA que se repite desde hace 2000 años, y especialmente los niños querrán ver a la Borriquita, cumpliéndose el deseo de Jesús: *“Dejad que los niños se acerquen a mí”*.

Este mensaje lo ha sabido captar perfectamente nuestro pueblo, ya que no hay mejor forma de estar junto a Jesús que viviendo los momentos de su Pasión, y esto lo hacen nuestros niños en su Semana Santa Chiquita.

¡Ay! Semana Santa Chiquita, cúmulo de sentimientos que viven nuestros hijos, los recuerdos que nos vienen a la mente, el nerviosismo, la alegría del deber cumplido, del desfile bien hecho. Es una postal amarillenta en nuestra memoria felizmente traspasada a nuestros hijos por un lado y por otro, recuerdo hacia nuestros mayores y poder saber hoy lo que sentían nuestros padres cuando íbamos encarnando una de sus Figuras.

Mirad en su pesada cruz
como entre sus grietas
brota un lirio azul.

Mirad como en su base
junto a las duras rocas,
del madero rosas nacen.

Mirad junto a Jesús
como alivian su dolor
con cálido y sincero amor
los niños bajo su cruz.

Mirad como las flores
y la infantil ternura,
con sus fragantes olores
y con su indomable bravura,
hacen que en el Nazareno
hasta el dolor nos parezca bueno.

Mirad como los niños
con su mirada inocente,
derraman su alegría
vestidos de penitentes.

Mirad en este día radiante
como la sensibilidad florece,
y pensad por un instante
como la chiquillería obedece
a tradición tan importante.
Ir con Jesús mientras se crece
y obtener su amor abundante.

Mientras tanto, Jesús continúa su caminar preciso sobre los hombros de los bastoneros y hace acto de presencia en las calles Horno y Linares, casi siempre los mismos devotos y en idéntico sitio. Desde los balcones, innumerables ojos cegados por el Patrón se santiguarán, y pegados al quicio de una puerta o perdidos en la penumbra de los portales, contemplarán la faz del Divino, y quizás entre alguno de ellos se aprecie un hueco, sentiremos pena, como **NUESTRO PADRE JESUS DE LAS PENAS**, amoroso y abrazado a su cruz salvadora sobre un monte de flores y mecido por la suave brisa de la madrugada, y cubrirá ese hueco con la paz de la eternidad.

El descenso pronunciado de la calle nos hace desembocar en la tradicional Santa Catalina, iniciada en la plaza de la Mananta, presidida por dos fundamentales pilares que hacen de su esfuerzo una ofrenda de generosidad, conservando el singular tintineo de nuestra campanita y manteniendo la atención para que la vida en el cuartel sea afable, cómoda y prolongada, por lo que entre el mágico concierto de música y clamores, de imágenes y figuras, y entre el colorido de nuestra Semana Santa se encuentran las apreciadas figuras del **MUÑIDOR Y EL ALPATANA**.

...y un badajo canta en la Puente
al besar el frío metal
que agita con fuerza el penitente.

...y un trasiego sin igual
percibe nuestra retina,
un hombre va de esquina a esquina
de una forma singular
Son el paciente Alpatana
y el humilde muñidor,
que dejan sus miradas ausentes
confundidas entre las gentes
para no perder jamás
de su trabajo el son.

Vaya desde aquí un fuerte abrazo
a los que ponen en su esfuerzo devoción,
pues son los que hacen con sus pasos
que sintamos en el peso de su brazo
la carga de tan pontana tradición

Santa Catalina, llano entre dos pendientes, las tejas de ambas aceras se miran, sus balcones se guñan con las puertas entreabiertas cargadas de gentes y un aroma a café, rebanás, magdalenas y ochíos inundan la calle. Abajo, el pueblo expectante, una muchedumbre variopinta, donde se confunde la cera con la gente, ésta con los “lirios moraos” y todos en una confusión ordenada junto con rebateos y figuras.

Y en un instante todas las miradas cambian de dirección, buscan el punto de referencia, un rayo de luz distinto al del sol, nos ciega, es Jesús el Nazareno quien preside la calle.

Y el pueblo reza, ora con la saeta, plegaria que se hace canto, que brota de la garganta y que envuelve el sentimiento que se expresa en un “quejío”, en un llanto, que lanzan como dardos de azucenas que se clavan en la imagen de Jesús lo mismo que sus espinas.

A la vez los hermanos que van a encarnar a los personajes bíblicos, se preparan para salir a la calle, son momentos de nerviosismo y ansiedad, son instantes que por mucho que lo hayas pensado, nunca se plasman en la misma realidad, nunca se asemejan, son sensaciones que aunque has vivido año tras años, te parecen nuevas.

Sientes como te dicen que te bajes el rostrillo, sales del cuartel y comienzas el desfile. En ese mismo momento aprecias como por tu cara descienden tímidas gotas de sudor, sudor que la brisa refresca cuando caminas, brisa que te hace sentir relajado y comienzas a recordar intensos momentos, y casi sin darnos cuenta estamos inmersos en la larga fila que nos llevará hacia el Maestro.

Singulares figuras bíblicas, hieráticas, llenas de arte y colorido, plenas de belleza comenzarán su caminar sosegado. El sublime sendero de la luz que la cera de los penitentes establece marca el camino hacia Nuestro Padre Jesús Nazareno. Cada vez con mayor nitidez, a pesar de la malla que recubre los ojos de nuestros rostrillos, vamos apreciando Sus potencias, que debido a la luminosidad resaltan considerablemente, es el punto de encuentro, es el reclamo que te invita a llegar hasta Él, es la impaciencia la que te hace sentir la necesidad de mirarlo a la cara, ¡¡Qué momento tan maravilloso!!, tras la intimidad del rostrillo se mezclan el dolor, el amor, la angustia, la alegría, la emoción tremenda y advertirás que ese sudor que te recorría las mejillas no existe, pero sí notarás que de los ojos nace un sentimiento que te llega hacia los labios, estás llorando, ¡sí estás llorando! ¿Y eso es raro? ¡No!! No hay cosa más hermosa que presentir que está próximo el encuentro con Nuestro Padre, que el corazón se embriaga de razón con la fuerza del alma y que Jesús te abrace con su mirada.

Te detienes, elevas los brazos y bajo su mirada no puedes evitar una emoción extraña, observas su imagen impregnada de amor haciéndose imposible mantener, por más de un instante, el martirio en su presencia. En un segundo pasará por tu mente el **CALVARIO** que padeció por nosotros y lo **AFLIGIDO** que se debió sentir cuando sus discípulos, poco después de compartir la **SANTA CENA**, no pudieron estar con Él; pero a la vez te embargará una inmensa alegría pues como puedes comprobar el Nazareno no irá solo hacia el Gólgota, ya que como si de un Cirineo se tratara el pueblo entero lo acompaña.

El cálido viento de la mañana, acerca tenues notas desde la lejanía, al instante un revuelo. El gentío se acomoda entorno a un lugar privilegiado, despuntan plumeros blancos

ondeando al viento, lucen áureos brillos sus celadas y escudos y conforme se acercan, los colores de sus trajes y una emotiva marcha emocionan y encandilan a forasteros y pontanos que apiñados se hacen parte de tan singular momento.

La cruz se hace más llevadera, Jesús estático, tranquilo y en **SILENCIO** espera la oración que brota del pueblo.

Las caras cansadas,
la calle repleta,
y entre un fuerte olor a cera
y el frescor de la mañana clara,
da comienzo otra primavera
en un corazón que con ardor espera
ver de figura a Jesús de cara.

El sol ya fulgurante
calienta con impaciencia,
intenta lacerar con sus rayos
a la paloma de las Potencias,
al gallo de los Ataos,
en Las Parábolas, su oveja,
y en una pecera refleja
rayos en un pez «dora».

Es en la calle Santa Catalina
cuando mi alma se exalta,
al ver el Imperio Romano
con sus dorados escudos
con sus brillantes alabardas,
y ese paso uniforme y marcial,
y esa música especial
que a los pontanos inflama.

Y ver lucir los ropajes
de las figuras que pasan,
con su oscilar silencioso
en ese paso pomposo
que iguala en una su marcha.

Así hasta ver a Jesús,
y su trono lleno de brezo,
oír del pueblo los rezos
que hacen que seas tu,
el que te encuentres preso
y envuelto en su mirada de luz.
Por eso no es extraño decir
sin reparo que te reprima,
¡Viva mi Padre Jesús!
¡Viva el Patrón! El Terrible,

y Viva este pueblo andaluz,
donde chiquillo nací,
y mi corazón aprendió
a querer siempre así,
como Jesús me enseñó.

Jesús Nazareno seguirá su caminar entre sus gentes y un nutrido grupo de bastoneros terminan su glorioso itinerario, la más sentida y gozosa ruta que un mananero afana por recorrer el Viernes Santo Un turno de Amor a los pies del Terrible. Nunca pudimos imaginar en nuestro pueblo la misión de trocar ruedas por corazones, frío por calor, muerte por vida bajo los pasos de nuestras imágenes, jóvenes que se prestan desinteresadamente a esta labor, pies que mecen la divina talla como si año tras año se reencarnase de nuevo el Hijo para bendecir a su pueblo. Costalero, bastonero no debilites nunca tu tremendo esfuerzo, que entre las rejillas de los respiraderos y por debajo de los espesos faldones os llegará el aliento fresco y enamorado de vuestro pueblo, el apoyo y el aplauso mudo y jubiloso de todo Puente Genil que premia vuestra entrega, entrega desinteresada y llena de fervor. No desfallezcáis, prolongad vuestro varal con el madero de la Cruz que a través de éste le llegará al Señor vuestro sudor, fresca sabia que aliviará sus lacerantes heridas.

¡Arriba! ¡Con fuerza!

Convertíos en el Cirineo que ayuda a nuestro Señor a caminar. Abrir vuestras almas, que la gota de sangre del que arriba lleváis se mezcle con la vuestra y os fundáis en un perfecto matrimonio de lo divino y humano. Que sus pies, que casi descansan en vuestros hombros, sean los que verdaderamente anden y el áspero calvario se convierta en expedita senda de esta bendita tierra pontana.

¡Cuánto enriquecimiento ha recibido nuestra Semana Santa a través de este cambio! y cuántos hermanos se han comprometido en esta faceta noble y callada de prestar su cuerpo para dar vida a nuestras imágenes. Por todo esto os animamos y aplaudimos desde aquí vuestro esfuerzo y os invitamos a que os agreguéis más y más personas a este arte, para que podamos mantener entre todos el esplendor de nuestra Semana Santa.

Hombres de hombros duros
hombres de corazón tierno,
hombres que saben llevar
al cielo sobre sus cuerpos,
almas que sienten dentro
la ternura del Maestro,
pies que arrastran lentos
el tormento para el perdón
y el infame sufrimiento
que el Pontano con razón
intenta aliviar al momento.

¡No moverlo!, idespacito!
¿no veis que esta sangrando
y es un cuerpo bendito?.
Paso firme bastonero

que no te falten las fuerzas,
que no decaiga tu esmero,
aliviarle el picazón
de sus espinas clavadas,
convertiros en la nube
que soporte su frente cansada,
para que descanse su mano
su mano ilusionada,
en la promesa divina
de la resurrección anunciada.

Hermoso reto el del bastón y el del costal para que Nuestro Padre Jesús inicie la bajada de la Calzada desde su cumbre, al fondo se divisan las huertas rodeadas de remotos olivares que lloran en la sombra al olivo celestial del **HUERTO** donde Jesús ora a su Eterno Padre; en este caso, es el pueblo que acude para cargar con la cruz redentora.

En el discurrir de la calle una brisa húmeda acaricia los rostros de los esforzados bastoneros que pausadamente desciende como las aguas del río que por su cercanía nos recuerda la escena evangélica del **LAVATORIO**, donde el Maestro se dispone a lavarle los pies a sus discípulos. Es cuando el Hijo de Dios se arrodilla ante los hombres y les sirve, para enseñarles el camino de la perfección.

¡Qué silencio tan sobrecogedor! ¡Qué bella imagen tan pacientemente llevada! Esa calma, esa serenidad, esa paciencia nos traslada por momentos a recordar a **NUESTRO PADRE JESUS DE LA HUMILDAD Y PACIENCIA**, titular de nuestra Corporación, “La Historia de Tobías”, y de la cual todos los hermanos nos consideramos fervientes devotos. Humildad, sencillez, llaneza, modestia, esas son las insignias del Pez.

Al hablar de la Corporación no debemos dejar de pensar en la cuna del mananero, en la casa de la amistad, en la fortaleza que durante estos días nos acoge y nos dispensa, lo justo y suficiente para poder seguir adelante los siete días de la santa semana. Es donde se da cobijo a un sinfín de foráneos para que respiren de nuestro más genuino carácter abierto. Es una estancia íntima donde se viven y gozan horas de verdadera felicidad, es el lugar sacrosanto donde forjamos, en el fuego de la amistad y el amor, ese vínculo que colma de dicha nuestro ser cristiano: la Hermandad.

El cuartel pontano, paraíso de todo mananero, es el punto de partida, de encuentro y de destino. Portentosa semilla de fraternidad, de amor entre hermanos, de solidaridad que se debe mantener viva, para que vaya creciendo más y más, año tras año a través de nuestros hijos.

El cuartel es una estancia íntima, donde se intentan dar soluciones a aquellos pequeños problemas existentes, ¡quién no ha vivido alguna de estas situaciones!, parecían insalvables, pero embargados por el ambiente reinante, dos hermanos las han subsanado con un fuerte abrazo. Abrazo de verdadero compromiso que se graba en el corazón.

Casa curiosa el cuartel, con las justas dependencias para ser útil, para no perdernos en amplitudes, ni en comodidades, pues nuestro corazón, el corazón mananero de Puente Genil

necesita de espacios estrechos y apretados para vivir, necesita compartir esfuerzos y tareas para sentirse contento y orgulloso de lo suyo, necesita valores y compromisos que se cumplan con la ayuda de todos, y eso es lo que la palabra grupo y el recinto del cuartel, sea como sea -grande, pequeño, lujoso o humilde-, nos debe infundir.

En el cuartel es donde nos resguardamos de las inclemencias del tiempo y del cansancio, es donde refrescamos nuestra memoria, mediante la visión de los cuadros cargados de viejas fotografías. Impresiones de momentos que pasaron, de personas que se quedaron en el horizonte del tiempo, hermanos con los cuales seguimos conviviendo, pues están presentes entre nosotros y vivos en nuestras memorias, hermanos que los sentimos tan cerca y tan próximos, que su falta la asumimos por condición humana, pero que nunca comprenderemos porque se han ido, porque se van los mejores, los más fervientes seguidores de la fe en Cristo y los más comprometidos con nuestras tradiciones, muchos conocidos, otros, perdidos en la sombras del esfuerzo diario y el trabajo anónimo.

Por eso rendimos desde aquí con un grato recuerdo y un abrazo eterno, homenaje todos aquellos que se han ido, pues seguimos viviendo con ellos por sus obras y su entrega, huellas imborrables que les harán perdurar a lo largo de la historia de la Semana Santa. Que descansen en paz y sintámonos contentos de que disfrutaran de la eternidad.

También Puente Genil tiene un apego especial por el hermano ausente, ausente de nuestro pueblo en la lejanía, orgullo de nuestro pueblo que nos hacen valorar la añoranza. Aquí en la Puente habla vuestra infancia y juventud, aquellos primeros pasos que como hombres disteis se tornaron en senda de mananteros al calor de la amistad. Os fuisteis lejos, pero para volver, volver pronto, volver cuanto antes, cuando se pueda, volver al seno materno, volver al cuartel querido y rememorar tantos momentos vividos anclados en el corazón y prendidos en nuestra memoria. Sois el abrazo entregado y sumiso que reverbera los recuerdos de momentos en los que estáis presentes entre nosotros. Sois los ausentes, no los ausentados, quienes tantas veces protagonizáis nuestras charlas poniendo la brizna de nostalgia que trae el paso del tiempo.

Si el ausente llora, por lo que no vive, en el cuartel, nuestro cuartel, no nos avergonzamos si decimos que también se llora, ¡¡sí hermanos, también se llora!!; no es extraño ver a algún presente embargado por la emoción, el recuerdo, la nostalgia, pero seguro que tras esa lágrima emotiva estará la mano tendida de otro hermano que le reconfortará en tan sentido momento. Como no, en contraste con lo anteriormente dicho el cuartel a veces sirve de improvisado escenario donde jocosas situaciones nos harán vivir circunstancias y momentos divertidos que perdurarán en nuestro recuerdo.

También podríamos decir, sin temor a exagerar, que son verdaderos templos donde la oración surge espontáneamente desde lo más profundo de nuestro corazón, bien motivada por la lectura de la Sagrada Biblia o en el son de una saeta o algún cántico y en cualquier momento el rezo íntimo por excelencia, la cuartelera, quejido compartido con otro hermano, que sale de lo más recóndito del alma, alusivas a momentos de la pasión, devocionales, históricas, litúrgicas, ¡qué más da! en definitiva, rezos que afloran desde la garganta con una raíz profunda en la tradición.

La cuartelera es plegaria
que cantada sube al cielo,
es inmensa luminaria,
que te enciende el corazón
te sirve de gran consuelo;
óyela con atención.

Así el hermano que canta
invita a otro a seguirla,
haciendo de la Mananta
un gran templo de fervor
de esta tierra sacrosanta
donde se ama al Redentor

Y la persona que escucha
aún sin saberla decir
ora para sus adentros
y llora al verte a Ti,
mitigando Tus tormentos
Cristo de Puente Genil.

Por eso, hermano no dudes,
en poner tu corazón
cuando cantes cuarteleras;
aprovecha la ocasión
que es la plegaria primera
de toda la Corporación.

Por todo esto podemos asegurar a ciencia cierta que el cuartel, con sus cuarteleras, es uno de los pilares donde se apoya nuestra Semana Santa.

Después de los acontecimientos y grandes emociones vividas hasta el momento, se llega al límite del sentimiento y entusiasmo religioso al ver a Jesús de Nazareno **PRESO** de su Cruz, entrando en la calle Ancha, precedido de la incansable campanita y escoltado por interminables filas de hermanos, mujeres, niños, ancianos, forasteros, devotos..., alumbrando, que como una **COLUMNA** soportan el peso del Madero del Nazareno.

La mañana se sorprende y entre rancias fachadas de amplios balcones, que intentan dar sombra a la centenaria y emblemática casa de Lemoniez, ponen tradicional marco a la estampa que la calle deja ver: Jesús rodeado de su pueblo.

Se oye el piar de vencejos y golondrinas que revolotean en torno a la iglesia de la Victoria, jugueteando con los plateados y ágiles palomos que asustados por el gentío se lanzan al impetuoso vuelo y vuelven rápidamente en busca del murmullo sordo de los feligreses.

¡Ay! AVECILLAS del claro cielo que seguís intentando quitar las aciagas espinas de la corona del Divino.

¡Ay! Ruiseñores que con vuestros trinos confundidos con el ronroneo del río, llamadas a los tambores del Imperio que no supo entender el mensaje salvador.

¡Ay! Triste Viernes Santo que la Puente te convierte en alegría, con la presencia en la calle del marcial, gallardo, elegante y bello Imperio Romano.

Imperio Romano que en la tarde del Jueves Santo invade Puente Genil, y casi sin dar crédito a nuestros oídos, retumba el genuino y pontano repiqueteo del tambor, son los Romanos que vienen haciendo su entrada triunfal, broche de nuestra Semana Santa.

La calle se aprieta al paso de las flamantes escuadras, las palmas y los vítores estallan por doquier. Su música ágil traspasa las almas en el momento fabuloso del suave crepúsculo. El corazón se nos sale del pecho y un ansia clamorosa nos empuja a seguirles tras las notas del pasodoble:

Dos columnas de piedra
con basamento de mármol,
marcan la pétrea frontera
del Pontano Imperio Romano.

Al fondo de la calle Casares
junto a la vereda del río,
viven tropas singulares
de un Emperador impío
que juzgó a muerte a Jesús
y en la cruz le dio castigo.

Cuartel hermoso el de los guerreros
donde descansan y sus fuerzas reponen,
después de sus largas misiones,
hechas con arrojo y anhelo.

Toque de clarín y trompeta,
en la tarde del Viernes Santo,
repiquetea el tambor con su baqueta
presagio de dolor y espanto.

Un ingrato cometido
se le manda al escuadrón,
dar muerte al Divino Nazareno
clavándolo sobre un tablón.

La tropa orgullosa
se prepara y atavía.

Ponen prieto el tonelete
y aprietan el cuerpecillo,
se ciñen fuerte la capa

y se ajustan de las botas
con vigor los cordoncillos.
Lustran los escudos,
pulen bien sus hachas,
desnudan de sus vainas
las afiladas espadas,
y con rigor imprimen brillo
a sus cascos y celadas.

Engarzan sus plumeros
y se alinean en las filas,
forman raudos las escuadras
que por las calles desfilan.

Grana, verde, azul,
oro y tabaco.
y el firmamento claro andaluz
que todo lo llena de luz
para ver tan magnifico acto.

Se llena el cielo de compases
alegando las concurridas plazas
y animando las abarrotadas calles,
brotando de los metales notas fugaces
que enervan el sentir manantero
y al gentío gustoso complacen.

Saltan al viento vivas
que engrandecen al cortejo
agrandando aún más el gracejo
que lleva la comitiva.

¡Viva El Imperio!
¡Viva su paso marcial!
¡Viva música sin par
que emociona al pueblo entero!.

Calle de la Plaza, calle que guarda como reliquia, el alma antigua de Puente Genil. Las casas señoriales, los altos balcones, donde el hierro es arte contiene las miradas ansiosas de los que esperan a Jesús, conmovido y conmovedor, delante de Él toda una Biblia andante a modo de cordón umbilical, que nos enriquece a través de los distintos pasajes bíblicos.

En el centro de la calle, la Parroquia de la Purificación, templo por antonomasia pontano, primigenia ermita del Pontón de Don Gonzalo es privilegiada espectadora de la estela del tiempo, que ha ido forjando la Semana Santa que hoy vivimos, que hoy compartimos, que hoy disfrutamos. Seno de los primeros Quinarios, Triduos y Funciones que las cofradías celebraban en honor de sus titulares. Tal como hoy nosotros, los actuales cofrades, hermanos y mananteros celebramos para mayor esplendor y lucimiento del culto

interno. Estas funciones religiosas, están impregnadas de la seriedad que reclama el alma y de la alegría que necesita el corazón.

Es motivo de regocijo la reunión en el Templo, la palabra del predicador que abre nuestra alma, el exorno de flores y luces, el continuo repique de campanas, el tronar de los cohetes y los cánticos hechos oración, y su más fiel representante “El Coro”. Entre sus componentes existe un mutuo y noble compromiso por cantar en los cultos a sus Imágenes que sólo se realiza por devoción a nuestras “Santas Tradiciones”, haciéndolo sin ánimo de lucro y sacrificando momentos con la familia, los hermanos de la Corporación o los amigos. Gracias Schola Cantorum.

Y uno de los cánticos que entonan, es la plegaria a Nuestro Padre Jesús de la Humildad y Paciencia, “Sentado en dura peña”.

Continúa Jesús su andar pausado entre saetas y plegarias, llegando al paseo del río, “el paseíto”, donde centenares de miradas se aglutinan y resisten pacientemente la inclemencia de un sol de justicia que elevado en el meridiano, envía sus rayos perpendiculares para no perderse ni un instante y asistir como invitado de honor a la cantinela del romancillo de la “Sentencia”, que es realizado en los últimos años por los hermanos de la Corporación del Pretorio Romano, reviviendo la cobardía de Pilatos, la candorosa voz del Ángel y aquellas monedas que Judas lanzaba a la multitud.

Jesús desde su atalaya observa como serpentean las aguas dejando meandros que ciñen al pueblo como un cinturón, al igual que la multitud de rosarios de perlas negras que ciñen, con sus hileras vestidas de negro y con el silencio que el momento requiere, las esquinas de las angostas calles en busca de nuestros templos, santuarios donde habitan nuestros Titulares, la noche del Jueves Santo.

Las Corporaciones se predisponen a la meditación y en fila ordenada y equidistante irán visitando los distintos monumentos. En la serena atmósfera, el recogimiento de los hermanos se hace patente, la alegría da paso a la reflexión, nuestros pensamientos se elevan al recuerdo de nuestros seres más queridos, llenan nuestra memoria aquellas circunstancias más emotivas, fundiéndose las lágrimas de todos los hermanos. Y en medio del mayor silencio y la profunda tensión, se escucha la plegaria de un padrenuestro.

Padre nuestro que estás en los cielos
santificado sea tu nombre
venga a nosotros Tu reino,
hágase Tu voluntad,
así en la tierra como en el cielo.

Nuevamente emprendemos el camino hacia otro santuario, la noche coronada de estrellas, dará la sensación de un enorme palio con sus bambalinas bordadas de alguna nube que el viento de este tiempo ha traído; los balcones coronados de una inmensidad de flores, darán la sensación del más preciado exorno floral y las tenues y hermosas farolas se confundirán con los candelabros de cola. En definitiva, en un momento nos dará la impresión que el pueblo se ha convertido en un gigantesco paso, donde se podrá procesionar la más hermosa imagen de la que nos enorgullecemos:
Nuestra Fe.

Entre el rumor de las aguas
y la parda oscuridad de la noche,
rosarios de perlas negras
recorren estrechas callejas
buscando templos donde poner su broche.

Broche de fe,
broche de guardados sentimientos,
broche de emotivos pensamientos,
donde la furtiva lengua
deja hoy volar al viento
lo que el inquieto y angustiado corazón
enterró ayer en el fondo de sus cimientos.

Las miradas perdidas
en el árido y frío suelo
o vagamente dirigidas
al hermano que suspira
por alguien que está ya en el cielo.

¡Ay! Palio estrellado del alba
son las espadañas tus varaes,
que se mecen con la fuerza del alma
tocando la plomiza campana
a profundos ecos sentimentales.

¡Ay! Palio del sentimiento,
tú cubres mis sensaciones
de amor bordado en el viento,
tú arropas las oraciones
que mi alma en estaciones
reza en silencio al cielo abierto.

Vive, vive y desahoga
ante el bello Monumento,
la ansiedad que en tu corazón mora.

Vive, vive y alégrate
con Dios junto a la aurora
al ver como dentro de ti la fe
nace con fuerza renovadora.

Estaciones que transcurren perfumadas con el incienso de la fragancia de las flores, con la visión siempre puesta en el modelo de nuestro Redentor. Tal vez sea la nota de espiritualidad más alta que tiene la Semana Santa pontana.

Miragenil se engalana para recibir al “Amo de toas las Cargas”, que lo acogerá como a un vecino más, con gran amor y fervor, y disfrutará entre las angostas calles del barrio de los cánticos que en su honor, interpretan los hermanos que lo acompañan.

Tenemos que destacar que el pasado año se pudo recuperar el “Sermón del Paso”-El prendimiento que le hacen a Jesús cruzando los romanos sus lanzas- tal y como describe de manera excepcional la poesía de Pérez Carrascosa. Acto que animamos desde aquí a que continúe por el bien de nuestras tradiciones.

Tras el merecido descanso y cuando todavía el calor arrecia, la llamada del jefe de bastoneros, invita a que la cuadrilla ayude a Jesús de Nazareno para subir de nuevo hacia la cumbre. El impresionante realismo de la tarde, nos recuerda, el ascenso al Gólgota.

Pausadamente, el roce de los pies sobre el suelo, producirá un extraño sonido, no es otro que el de las lágrimas de cera, que al chocar con el suelo, dicen un sordo “hasta luego”, melancólica despedida de un barrio tradicional y mananero.

Cuesta Baena, en su cima, el reloj de la iglesia de la Concepción, marcador implacable del tiempo que un año más se presta a frenar el transcurrir de las dulces horas que los pontanos compartimos con Jesús.

El estandarte corona la cuesta llegando al llanete de la iglesia de la Purísima Concepción, preludio de que pronto, muy pronto, podremos deslumbrar nuestras retinas con las áureas potencias del patrón.

Llanete cuajado de corazones que bajo rostrillos, terciopelos, y cientos de martirios esperan ansiosos ordenarse en una inmensa línea multicolor que intenta unir lo divino y lo humano, lo terrestre y lo celeste, ayudando a Jesús en su caminar hasta volver a su trono eterno en el Templo.

Llanete de salidas y encierros donde se manifiesta la sensación que produce el alma al estar presente en los instantes en que se respira un ambiente de nostalgia, en definitiva, es el lugar del momento preciso y de la hora oportuna donde después del magnífico desfile llegan los “Vivas”. Nosotros, los hermanos del Pez, nos sentimos orgullosos de pertenecer a la Cofradía de Nuestro Padres Jesús de Humildad y Paciencia, y por este motivo nos sentimos partícipes del entrañable encierro del Miércoles Santo, del cual podemos hablar por propia experiencia, y os podemos revelar que los sentimientos que emergen a la hora de despedir a nuestro Titular son contrapuestos, a la tristeza de la despedida se contrapone la alegría de haber disfrutado de su presencia por las calles de nuestro pueblo. El alma se nos contraerá de dolor al no poderlo admirar durante más tiempo, pero un profundo regocijo manará al estar seguro que desde la eternidad nos protegerá. Por último, la melancolía se apoderará de nosotros pues habrá que esperar todo un año para volver a estar junto a El en la salida, pero un inmenso júbilo aflorará al comprobar que gozaremos de su presencia en la Iglesia del Hospital donde le pediremos **MISERICORDIA** para que nos colme de bienes y nos guíe por la senda de la vida.

Entonaremos cuarteleras, intentando arañarle al reloj más minutos junto a Él y saetas para agradecerle su bondad para con nosotros.

Llanete del Santuario de Nuestra Patrona, la Madre de Dios. Santa Maria, Madre de Dios y Madre Nuestra, que con esos ojos tan luminosos y misericordiosos me hace pensar que una de las más bellas ocupaciones de tu amor maternal es mirar y observar. Observar la

mirada transida de su hijo en el doloroso trance en el camino hacia el Calvario. Observar cómo la mirada de Jesús se fija en el hombre y lo estimula a corregirse y enmendarse, como tú María que nos haces eficaces observadores, atentos y vigilantes, aconsejándonos para seguir en el camino correcto y subsanar las deficiencias que hallemos en él.

No podemos tener ninguna duda de que siempre nos acoges en los momentos difíciles, nos socorres y acompañas, tal y como hicisteis con Jesús, pues nuestra venerada virgen María, después de su **PURISIMA CONCEPCION** es en todo momento **ESTRELLA** que **GUÍA** a su amado hijo, volcándose en cada instante en transmitirle su **AMOR**, y en los momentos de **MAYOR DOLOR** siendo su **CONSUELO**. Pues con la **ESPERANZA** de atenuar sus **DOLORES** a la **VERA DE LA CRUZ** estuvo presente en su crucifixión. ¡Con cuanta **AMARGURA** y **ANGUSTIAS** reflejadas en su rostro por donde le resbalaba un **ROSARIO** de **LAGRIMAS**, soportó el último aliento de su Hijo quedándose en **SOLEDA**!. Pero la **VICTORIA** de la vida reinó sobre la muerte porque al tercer día resucitó Este y fue llevado al cielo por una pléyade de **ANGELES**.

Así es nuestra amada Virgen, siempre estará a nuestro lado para cuando necesitemos ayuda, y sin duda que nos la dará, como nuestra madre que es. Por eso, como hijo agradecido, quisiera ser cálido viento que acaricie tu cara acercándote el aroma de un ramillete de flores.

Frías lágrimas veo en su cara,
blanca su sonrosada tez,
perdido el brillo de su mirada
y en las manos aumentada su palidez.

¡No seas exagerada!. Ella es así,
sufre en silencio, callada,
con pausado frenesí:
¿Ves como tiemblan sus manos?.
¿Ves su pañuelo carmesí
empapado por el llanto?.
Ves a la pobre María asolada
por el sentimiento de espanto
junto a la Cruz clavada
en el monte del quebranto.

Más me imponen sus ojos
con su mirada perdida,
sus párpados entreabiertos
y sus pupilas contraídas.
¡Que lastima! Que pena!
Ver a la Madre de Dios
con este dolor que le quema.

¡Avivemos nuestros colores!,
¡Aumentemos nuestras fragancias!,
démosle a Ella los amores
que brotan de nuestras flores
animando su confianza.

Bien, así, con templanza.
Mira el rictus de sus labios
como pierden su dureza,
como su blanca pureza
casi expresa una sonrisa
que se trasluce con crudeza,
pues es tanta la proeza
que al mismo tiempo llora
por la muerte de su Hijo
que ríe por la sutil elegancia
del clavel que con prestancia
pone su gracejo en punto fijo.
En la mirada de María
en la dulce mirada de Madre
que intenta mover el aire
para ver un poco de alegría
¡Que belleza! ¡Que armonía!
presenciar cuadro tan bello
en la vida de María.
Y asistir desde el comienzo
a la muerte que tenía
que limpiar cual blanco lienzo
la maldad e hipocresía.

Hablar de madre, es hablar de la mujer, esposa, hermana, amiga; es glosar sobre uno de los cimientos donde reposa la Semana Mayor, es la confirmación de que a través de ella inculcará y transmitirá a nuestros hijos nuestras costumbres y tradiciones.

Madres que nos han ido educando a ser mananteros, enseñándonos a observar la Pasión del Señor.

Mujeres pontanas que quieren y sienten su Semana Santa porque la llevan en su sangre desde que nacieron. Mujeres que quieren y sueñan con estos siete días pues viven codo a codo, sentimiento a sentimiento, las alegrías y tristezas de esta semana con nosotros. Vosotras podéis y debéis estar orgullosas de vuestra manera de proceder, compañera infatigable de camino, fortaleza y piedra de apoyo que en ciertos momentos nos dan la templanza en las vicisitudes, pues siempre tendréis la visión de la prudencia. Tú, al igual que nosotros, también te emocionas frente a nuestras imágenes, lloras con los cánticos y saetas, ofrendando tu vela y tu penitencia. Mujer, te admiro por tu valor, por tu fe y por la manera en que entregas tu vida y tu corazón.

Nuestro Padre Jesús, inicia el recorrido por la calle Aguilar, junto a dos columnas de cera, decenas de “lirios moraos” y la imponente fila de figuras bíblicas. Entre ellas las nuestras, la Historia de Tobías, con el venerable anciano, Tobías Padre, cegado por designios del Señor. Ana, su mujer. Rafael Arcángel, enviado divino que sanó a Tobías. Tobías Hijo, ejecutor del milagro y Sara su piadosa esposa.

**¡Viva La Historia de Tobías!
Pum, El Pez.**

Es el grito enardecido
que se dice en mi cuartel.
Es la voz que nos une,
es una misma ilusión,
es la frase prodigiosa
que nos hace corporación.

**¡Viva La Historia de Tobías!
Pum, El Pez.**

Se puede oír por doquier
son mis hermanos, mi grupo
son mis brazos y mis pies
ya que un mismo cuerpo formamos
cuyo nombre es El Pez.

**¡Viva La Historia de Tobías!
Pum, El Pez.**

Hay van mis figuras,
hay va mi cuartel,
el primero Tobías Padre,
el segundo Rafael,
Arcángel divino
que de nuevo le hizo ver
Detrás Tobías hijo
seguido de Sara, su mujer.
Van subiendo hacia el calvario
van a ver al Nazareno
que aun sumido en su amargura
presenta el rostro sereno.

En un mover silencioso
elevando los brazos al cielo
presentan sus martirios,
como símbolo y orgullo
del sentir de nuestro pueblo.

Es el momento culmen
de sabor delicioso,
que el paladar Pontano
degusta gozoso.

Y ante su dulce mirada
de su persona afligida,
decimos con voz callada
que solo en el cielo es oída.

¡Viva La Historia de Tobías!

Pum, mi Nazareno.

Porque si el Pez es mi nombre
el tuyo es el de mi pueblo
ya que Tu haces posible
estos días de hermandad
y de vivir mananero.

¡Viva la Historia de Tobías!
Pum El Nazareno.

La tarde va cayendo, el sol comienza a ceder y el declive del astro rey poco a poco aparecerá, las sombras serán más alargadas y se confundirán éstas con las proyectadas de los nazarenos y la cera, penitentes que acompañan al cortejo, penitentes que han aprendido las virtudes que caracterizan nuestras procesiones: La **COMPOSTURA** debida en el silencio y recato alumbrando, **SACRIFICIO Y PENITENCIA** ofrecido al Redentor por sus más íntimas convicciones. **SERIEDAD** en la representación y desfile de las figuras. Y **RESPONSABILIDAD** de los hermanos en mantener nuestras tradiciones.

En definitiva, esta responsabilidad del mananero se unifican en el Amor, que acrecienta el pontano día a día, pues como ya se ha dicho somos muchos “Juanes” en la puente, capaces de ayudar y acompañar a quién lo necesite, como **SAN JUAN**, el “discípulo amado”.

Ser mananero es extender la mano, es dar gracias a Nuestro Padre todos los días, por la vida; es estar alegre con el que se alegra y sufrir con el que padece. Es no juzgar, sino perdonar. Misericordia sí, perdón y olvido. Así somos, y así nos tenemos que sentir, transmitiendo el amor con mayúsculas como signo de identidad.

Entre saetas y miles de miradas desde los balcones, las aceras y entre la gente apretada que interrumpe el tránsito, Jesús inicia la última subida a través de la calle Amargura y un inmenso río de cera desembocará en la Plaza del Calvario. Allí, nuevamente el gentío espera que asome el magnífico paso de caoba y plata que sube lentamente con el último esfuerzo de sus bastoneros, con la alegría del deber cumplido, con el sentimiento de un pueblo “cirineo” de la Cruz del Terrible.

El pórtico acoge y Jesús bendice a cofrades, bastoneros, penitentes, figuras..., en definitiva a un pueblo entero que rinde su último adiós al Divino Maestro, una afilada pena taladrará nuestro pecho y buscaremos cabizbajos, un rincón en la plaza del Calvario, para verter una lágrima y observando su rostro con esa mirada hecha de amor y esos labios entreabiertos que parecen darnos gratos consejos, le decimos:
¡Padre, Padre mío, hasta el año que viene, si Tú quieres!

Con la tarde en su último suspiro, entre la tristeza del alma y la alegría de los momentos que nos quedan por vivir, nos viene a la mente el último suspiro de Cristo, que tendrá dulce y **BUENA MUERTE**, pues se sentirá con el deber cumplido de la misión que le encargó Su Padre. Todo se ha realizado y en la noche lúgubre se pasará la muerte en el **SANTO SEPULCRO** y un perfume de sándalos llorará la pérdida de un Hombre joven que animaba a los enfermos, alegraba a los niños y consolaba a los pobres.

Pasarán rápido los momentos de tristeza y pronto, muy pronto, la alegría, ondeará en lo alto del firmamento pontano, con la **RESURRECCIÓN** de Jesús para encandilarnos a todos y decirnos que lo que parecía un ocaso, no será más que el fin de un principio.

El Puente Genil bullicioso y multicolor se regocija por que un año más, ha podido contemplar y seguir en su recorrido al Patrón y cuando la última figura, el último nazareno o romano, regrese al cuartel, nos sentiremos ausentes, tristes, melancólicos, sinónimo de que nuestra Semana Santa se ha acabado, pero este fin es sólo por un momento, pues una nueva ilusión se adueña de nosotros y pedimos con ansia: *“Concédenos Señor mío la mayor de las alegrías, poder admirarte el próximo Viernes Santo”*.

Por eso os decimos, hermanos:
Que no ceguéis vuestra mirada,
y no os veáis nunca perdidos.
No cerréis vuestras ventanas,
con cosas fugaces y vanas
con sentimientos mal entendidos.

Abrazaros fuertemente
mezclar vuestras cálidas lágrimas.
Vivir intensamente,
los instante, los momentos,
no os escondáis jamás
en los rincones del tiempo.

Juguemos a la Hermandad
practiquémosla contentos
y podremos así presentar
nuestro corazón Pontano y tierno,
al Señor que nos dará
una fecha y un lugar
por donde poder traspasar
al escalón de lo eterno.

No debemos entristecernos ya que tenemos por delante todo lo que hemos relatado en nuestro pregón, nos quedan por vivir todas estas sensaciones, a nosotros y a vosotros, pues os hemos abierto nuestro corazón para revelaros lo que sentimos, todos los hermanos del El Pez, nuestro grupo, nuestra Corporación, quizás coincidamos con muchos de vosotros, pero os invitamos a todos a que paséis una emotiva y alegre Semana Santa y que el próximo Viernes Santo cuando gocemos de la presencia de Nuestro Padre Jesús Nazareno a todos nos brote de nuestro interior el grito más pontano y profundo de nuestro corazón:

¡¡VIVA EL TERRIBLE!!

¡¡VIVA NUESTRA SEMANA SANTA!!